

claro cielo, sol y rayo
 que está esta nube tejiendo,
 venid á Toledo á ser
 el más adorado objeto
 que supo lograr Cupido
 en los brazos de Himeneo ;
 la voz de don Lucas habla
 en mi voz, yo soy quien ciego
 á ser intérprete vine
 de aquel amor extranjero ;
 y pues sois rayo, alumbrad
 entre sombras y reflejos ;
 pues sois cielo y sol, usad
 de vuestros claros efectos ;
 geroglífico, explicáos :
 enigma, dad á entenderos,
 pues descubriéndoos seréis
 con una causa y á un tiempo,
 el geroglífico, el rayo,
 el sol, la enigma y el cielo.
 Discreto parece el primo.
 Advertid, señor don Pedro,
 que se ha ido vuestra voz
 hacia vuestro sentimiento ;
 doña Isabel es mi nombre,
 no doña Alfonsa, y no quiero
 que allá le representéis
 y ensayéis en mí el requiebro ;
 y aunque el favor me digáis
 por el que ha de ser mi dueño,
 no os estimo la alabanza
 que me hacéis, vedme primero,
 y creeré vuestras lisonjas
 creyendo que las merezco ;
 pero sin verme, alabarme,
 es darme á entender con eso,
 ó que yo soy presumida
 tanto, que pueda creerlo,
 ó que don Lucas y vos
 tenéis un entendimiento.

ANDREA.
 D.^a ISABEL.

- DON PEDRO. Pues el sol, aunque se encuentra
 entre nubes, no por eso
 deja de mostrar sus rayos
 tan claros, si no serenos ;
 el iris, ceja del sol,
 más hermoso está y más bello
 cuando entre negros celajes
 es círculo de los cielos ;
 más sobresale una estrella
 con la sombra ; los luceros,
 porque esté oscura la noche,
 no por eso alumbran menos ;
 perfume el clavel del prado
 en verde cárcel cubierto,
 por las quiebras del capillo
 da á leer sus hojas luégo ;
 ¿ pues qué importa que esa nube
 ahora no deje veros,
 si habéis de ser como el iris,
 clavel, estrella y lucero ?
- DON ANTONIO. Doña Isabel, ¿ qué esperamos ?
 Á la litera.
- DON PEDRO. Teneos,
 que vos no habéis de salir
 de Madrid.
- DON ANTONIO. ¿ Por qué, don Pedro ?
- DON PEDRO. Porque no quiere mi primo.
- DON ANTONIO. Pues decidme, ¿ cómo puedo
 dejar de ir á acompañar
 á mi hija ? Demás deso,
 que si yo no se la doy,
 y lo que ordena obedezco :
 ¿ cómo me podrá dar cuenta
 de lo que yo no le entrego ?
- DON PEDRO. Todo eso está prevenido ;
 ved ese papel que os dejo,
 con que no necesitáis
 de partiros.
- DON ANTONIO. Ya le leo.
 ¿ Qué es esto ? papel sellado.

(Abre un pliego de papel sellado.)

- ANDREA. ¿Qué será?
 CABELLERA. Yo no lo entiendo.
 DON ANTONIO. (Lee.) «Recibí de don Antonio de Salazar una
 »mujer, para que lo sea mía, con sus tachas buenas ó malas,
 »alta de cuerpo, pelimorena, y doncella de facciones, y la en-
 »tregaré tal, y tan entera, siempre que me fuere pedida por
 »nulidad ó divorcio. En Toledo, á 4 de Setiembre de 638
 »años.—Don Lucas del Cigarral. Toledo.»
 D.^a ISABEL. ¿Para mí carta de pago?
 DON ANTONIO. Don Pedro, ¿este caballero
 piensa que le doy mujer,
 ó piensa que se la vendo?
 CABELLERA. Pues yo sé que va vendida
 doña Isabel.
 ANDREA. Yo lo creo.
 DON ANTONIO. Yo quiero ver á don Lucas
 en las Ventas; vamos luégo.
 Ven, Isabel.
 D.^a ISABEL. Á morir.
 DON PEDRO. ¡Valedme, piadosos cielos!
 Aunque esté vuestra pintura
 en borrón, tiene unos lejos
 dentro, que el alma retrata,
 que casi son unos mismos.
 D.^a ISABEL. ¡Quién pudiera descubrirse!
 DON PEDRO. ¡Quién viera su rostro!
 D.^a ISABEL. ¡Cielos,
 qué nave halló la tormenta
 en las bonanzas del Puerto!
 DON ANTONIO. Ea, Isabel, á la litera.
 ANDREA. Vé delante.
 CABELLERA. Allá te espero.
 DON ANTONIO. Yo lo erré; vamos.
 D.^a ISABEL. Ya voy.
 DON ANTONIO. ¿Qué esperáis?
 DON PEDRO. Ya os obedezco.
 D.^a ISABEL. ¿Si fuese yo la que quiere?
 DON PEDRO. ¡Si éste es mi perdido sueño!
 DON ANTONIO. Mas si don Lucas es rico,

¿qué importará que sea necio? (Vanse.)

Salen DON LUÍS y CARRANZA, criado.

- CARRANZA. ¿No me dirás, don Luís, adónde vamos?
 ya en las Ventas estamos
 del muy noble señor Torrejoncillo,
 ú del otro segundo Peralvillo,
 pues aquí la hermandad mesonitante
 asaetea á todo caminante;
 don Luís, habla, conmigo te aconseja,
 ¿no me dirás qué tienes?
 DON LUÍS. Una queja. (Paséase.)
 CARRANZA. ¿Á qué efecto has salido de la Corte?
 ¿en estas Ventas, dí, qué habrá que importe
 para tu sentimiento?
 ¿dí, qué tienes, señor?
 DON LUÍS. Desvalimiento.
 CARRANZA. Deja hablar afeitado;
 y dime, ¿á qué propósito has llegado
 á estas Ventas? refiéreme, en efeto:
 ¿qué vienes á buscar?
 DON LUÍS. Busco mi objeto.
 CARRANZA. ¿Qué objeto? habládme claro, señor mío.
 DON LUÍS. Solicito á mi llama mi albedrío.
 CARRANZA. ¿No acabaremos, y dirás qué tienes?
 DON LUÍS. ¿Quieres que te procure á mis desdenes?
 CARRANZA. Á oírlos en tu proa me sentencio.
 DON LUÍS. ¿Y, en fin, han de salir de mi silencio?
 CARRANZA. Dílos, señor.
 DON LUÍS. Pues á mi voz te pido
 que hagas un agasajo con tu oído:
 Carranza, amigo, yo me hallé inclinado,
 costóme una deidad casi un cuidado;
 mentalmente la dije mi deseo,
 aspiraba á los lazos de Himeneo,
 y ella viendo mi amor enternecido,
 se dejó tratar mal del dios Cupido;
 su padre, que colige mi deseo,
 en Toledo la llama á nuevo empleo,
 y hoy sale de la Corte
 para lograr, indigno, otro consorte;

por aquí ha de venir, y aquí la espero,
convalecer á mi esperanza quiero,
dando al labio mis ímpetus veloces,
á ver qué hacen sus ojos con mis voces;
Isabel es el dueño,
verdad del alma y alma deste empeño,
la que con tanto olvido
á un amante ferió por un marido;
suspiraré, Carranza, vive el cielo,
aunque me cueste todo un desconsuelo;
intimaréla todo mi cuidado,
aunque muera de haberle declarado;
culparé aquel desdén, que el pecho indicia,
aunque destemple airada la caricia;
mas si los brazos del consorte enlaza,
indignaréme con el amenaza;
mis ansias, irritado, airado y fiero,
trasladaré á las iras del acero,
que es descrédito hallarme yo corrido,
quedándose mi amor tan desvalido.
Esta es la causa, por qué de esta suerte
yo mismo vengo á agasajar mi muerte;
de suerte, que corrido, amante y necio
vengo á entrar por las puertas del desprecio:
con vuelo que la luz penetrar osa
galanteó mi muerte mariposa;
porque en este desdén, que amante extraño,
me suelte mi albedrío el desengaño,
y en este sentimiento
mi elección deje libre mi tormento,
y para que Isabel desconocida
logre mi muerte, pues logró su vida.

CARRANZA. Oí tu relación, y maravilla
que con cuatro vocablos de cartilla,
todos impertinentes,
me digas tantas cosas diferentes.
DON LUIS. Gente cursa el camino, ¿si ha llegado?
CARRANZA. ¿Qué es cursa? ¿este camino está purgado?
UNO. (Dentro.) ¡Ha de la venta!
TODOS. (Dentro.) ¡Hala!

UNO. (Dentro.) ¡Ha, seor ventero!
¿Hay qué comer?
DOS. (Dentro.) No faltará carnero.
UNO. (Dentro.) ¿Es casado vusted?
DOS. (Dentro.) Mas há de treinta.
UNO. (Dentro.) Según eso, carnero hay en la venta.
TRES. (Dentro.) Huésped, así su nombre se celebre,
véndame un gato que parezca liebre.
TODOS. (Dentro.) ¡Hala!
UNO. (Dentro.) ¿Qué hay?
DOS. (Dentro.) ¡Mentecato!
Compra al huésped, que es liebre y tira á gato.
CARRANZA. Una dama, y un hombre miro.
DON LUIS. Quedo,
Espérate, que vienen de Toledo.
CARRANZA. Nada, pues, te alborote.
UNO. (Dentro.) ¿Dónde van Dulcinea y don Quijote?
DOS. (Dentro.) Dónde han de ir, al Toboso por la cuenta.
DON LUCAS. (Dentro.) Voy al infierno.
UNO. (Dentro.) Eso es, voy á la Venta.
DON LUIS. (Dentro.) ¡Raro sujeto es este que ha llegado!
CARRANZA. Aqueste es un don Lucas, un menguado
de Toledo.
UNO. (Dentro.) ¡Ah! seor huésped, si le agrada,
écheme ese fiambre en ensalada.
DOS. (Dentro.) Si va á Madrid la ninfa á estar de asiento,
en la calle del Lobo hay aposento.
TRES. (Dentro.) Pues á fe que es mujer de gran trabajo.
DON LUCAS. (Dentro.) Pues ¡voto á Jesucristo! si me bajo,
que han de entrar en la venta por la posta.
TODOS. (Dentro.) Gual gual!
UNO. (Dentro.) Que la ha tendido don Langosta.
DON LUCAS. (Dentro.) Mentís, canalla.
CARRANZA. Ahora ha echado el resto.
DON LUCAS. (Dentro.) Apeaos, doña Alfonsa, acabad presto,
porque quiero reñir.
D.^a ALFONSA. (Dentro.) Detente, espera,
que me dará un desmayo, que me muera.
UNO. (Dentro.) Doña Melindre, déjele.
DON LUCAS. (Dentro.) ¿Qué espero?

matarélos á fe de caballero.
 D.^a ALFONSA. (*Dentro.*) Detente, hermano.
 DON LUCAS. (*Dentro.*) Vínomé la gana.
Salen DON LUCAS y DOÑA ALFONSA.
 Téngame cuenta usted con esta hermana.
 DON LUÍS. ¿No ve vusted, que es vaya?
 CARRANZA. Uced se tenga.
 DON LUCAS. Conmigo no ha de haber, vaya ni venga.
 Gentecilla...
 TODOS. (*Dentro.*) Gual gual
 DON LUÍS. Tened templanza.
 UNO. (*Dentro.*) Envaine vuesarced, señor Carranza.
 DON LUCAS. ¿Á mí Carranza, villanchón malvado?
 CARRANZA. Yo soy Carranza, y soy muy hombre honrado.
 (*Empuña la espada Carranza.*)
 Que yo también me atufó y me abochorno.
 DON LUCAS. Mientes tú, y cinco leguas en contorno.
 CARRANZA. Sáquela. (*Saca la espada.*)
 DON LUÍS. Téngase, que ya me enfada.
 DON LUCAS. Déjeme darle sólo esta estocada.
 DON LUÍS. Tened.
 DON LUCAS. Yo he de tirarle este altibajo.
 DON LUÍS. No me desperdiciéis este agasajo.
 DON LUCAS. No os entiendo.
 D.^a ALFONSA. Señor, mira.
 DON LUÍS. Repara
 que es mi sirviente.
 DON LUCAS. Fuera.
 DON PEDRO. (*Dentro.*) Pára.
 TODOS. (*Dentro.*) Pára.
 DON LUÍS. Una litera entró, y podéis templaros.
 DON LUCAS. Aunque éntre un coche tengo de mataros.
*Sale DON PEDRO, DON ANTONIO, CABELLERA,
 ANDREA y DOÑA ISABEL, con mascarilla.*
 DON PEDRO. ¿Qué es esto?
 D.^a ALFONSA. Tente, hermano,
 detente.
 DON LUCAS. No me vayan á la mano.
 DON ANTONIO. ¿Con quién riñe?
 DON LUÍS. Con este mi criado.

DON ANTONIO. ¿Con un pobre criado así indignado?
 Don Lucas, débaos yo aquesta templanza.
 DON LUCAS. Yo pensé que reñía con Carranza.
 DON LUÍS. Envainad, pues os logro tan templado.
 DON LUCAS. Primero ha de envainar vuestro criado.
 CARRANZA. La espada desempuño, (*Envainen.*)
 y obedezco.
 DON LUCAS. Yo envaino la de Ortuño.
 D.^a ISABEL. Andrea, ¡qué mal hombre!
 ANDREA. ¡Qué osco y negro!
 DON LUCAS. Por mi cuenta, señor, ¿vos sois mi suegro?
 DON ANTONIO. Vuestro padre seré.
 DON PEDRO. Muero abrazado.
 D.^a ALFONSA. Don Pedro, ¿qué será que no me ha hablado?
 Mas también puede ser que no me vea.
 D.^a ISABEL. Doña Alfonso es aquella, amiga Andrea.
 DON LUÍS. Esta es doña Isabel.
 CARRANZA. Callar intenta.
 ANDREA. Don Luisillo también está en la venta.
 DON LUÍS. No puedo resistirme.
 D.^a ISABEL. ¡Que hasta aquí haya venido á perseguirme!
 DON LUCAS. ¿Y hala visto mi hermano?
 DON ANTONIO. Ni la ha hablado.
 DON LUCAS. ¿Vino siempre cubierta?
 DON ANTONIO. Así ha llegado.
 DON LUCAS. ¿Y en fin, me quiere bien?
 DON ANTONIO. Por vos se muere.
 DON LUCAS. ¿Y la puedo decir lo que quisiere?
 DON ANTONIO. Sí, podéis.
 DON LUCAS. ¿Puedo?
 DON PEDRO. Sí, obligarla intenta.
 DON LUCAS. Pues así os guarde Dios, que tengáis cuenta.
 Un amor, que apenas osa
 á hablaros, dice fiel,
 que una de dos, Isabel,
 ó sois fea, ó sois hermosa.
 Si sois hermosa, se acierta
 en cubrir cara tan rara,
 que no ha de andar vuestra cara
 con la cara descubierta.

Si fea, el taparos sea
diligencia bien lograda,
puesto que estando tapada,
nadie sabrá si sois fea.
Que todos se han de holgar, digo,
con vos, si hoy hermosa os ven;
mas si os ven fea, también
todos se holgarán conmigo.
Pues estaos así por Dios,
aunque os parezca importuno,
que no se ha de holgar ninguno,
ni conmigo, ni con vos.

D.^a ISABEL. ¿Qué hombre es éste, Andrea?

ANDREA. El peor

que he visto, señora mía.

DON ANTONIO. ¡Qué necedad!

DON LUÍS. Grosería.

DON LUCAS. ¿No me habláis?

D.^a ISABEL. Digo, señor,

que debo agradecimiento
á ansias, y pasiones tales,
pues en vos admiro iguales
el talle, y entendimiento.

La fama que vos tenéis,
por ser quien sois, os aclama;
pero no dijo la fama
tanto como merecéis.

Y así la muerte resisto
tarde, pues quiero decir,
que en viéndoos pensé morir,
y ya muero habiéndoo visto.

DON LUCAS. ¡Lindo ingenio!

DON ANTONIO. Así lo crea
vuestra pasión prevenida.

DON LUCAS. ¿Qué decís?

DON PEDRO. Que es entendida,
y debe de ser muy fea.

D.^a ALFONSA. Haz que el rostro se descubra,
hermano, si verla intentas.

DON LUCAS. Dejádmela brujulear,

que pinta bien.

D.^a ALFONSA. ¿Á qué esperas?

DON LUCAS. Isabel, hacedme gusto
de descubrirlos, y sea
la máscara el primer velo
que corráis á la modestia,
que están aquí debatiendo
si sois fea ó no sois fea.
Y si acaso sois hermosa,
no es justicia, que yo tenga
mancilla en el corazón,
porque no tengáis vergüenza.
D.^a ISABEL. Los que son en vos preceptos,
han de ser en mí obediencias.
Yo me descubro. *(Quítase la mascarilla.)*

DON LUCAS. Lenóme:

don Antonio, á fe de veras,
que hacéis excelentes caras.

DON ANTONIO. Era su madre muy bella.

DON PEDRO. *(Ap.)* Vive Dios, que es Isabel,
á quien en la rubia arena
de Manzanares, un día
libré de la muerte fiera.

DON LUCAS. ¿Qué os parece la fachada,
primo mío? hablad.

DON PEDRO. Que es buena.

D.^a ISABEL. *(Ap.)* Ya me conoció don Pedro,
porque son los ojos lenguas.

DON PEDRO. ¿Y á ti qué te ha parecido,
doña Alfonso?

D.^a ALFONSA. Que es muy fea.

DON PEDRO. Eres mujer, y no quieres
que alaben otra belleza.

DON LUCAS. Pensando estoy qué deciros,
después que os ví descubierta,
que no sé lo que me diga.
Pedro.

DON PEDRO. Señor.

DON LUCAS. Oyes, llega,
y dí por la boca verbos,

ó lo que á ti te parezca :
háblala del mismo modo
como si yo mismo fuera ;
dila aquello que tú sabes,
de luceros y de estrellas,
tierno como el mismo yo,
hasta dejarla muy tierna ;
que cubierta, yo me atrevo
á hablar como una manteca ;
pero en mi vida he sabido
hablar tierno á descubiertas.

DON PEDRO. ¿ Yo he de llegar ?

DON LUCAS. Sí, primillo,
con mi propio poder llegas.

DON PEDRO. ¿ Con qué alma la he de decir
los requiebros y ternezas,
si es fuerza que haya de hablar
con la tuya ?

DON LUCAS. Con la vuestra :
señora, allá va Perico,
no hay sino teneos en buenas,
y advertid, que los requiebros
que os dijere, los requiebra
con mi poder, respondedle
como si á mí propio fuera :
empezad.

DON PEDRO. Ya te obedezco.

D.^a ISABEL. Déme mi dolor paciencia.

ANDREA. Lindo empleo hizo Isabel.

DON PEDRO. Amor alas tiene, vuela,
surgió la nave en el puerto,
halló el piloto la estrella,
dió el arroyo con la rosa,
salió el arco en la tormenta,
gozó el arado la lluvia,
hallaron el sol las nieblas,
rompió el capillo la flor,
encontró el olmo la yedra.
Tórtola halló su consorte,
el nido el ave ligera,

que esto y haberos hallado,
todo es una cosa mesma.
Bien haya ese velo ó nube,
que piadosamente densa,
porque no ofendiese al sol,
detuvo á la luz perpleja.
Yo he visto nacer el día
con clara luz y serena
para castigar el prado,
ó ya en sombras ó ya en nieblas.
Yo he visto influir al sol
serenidades diversas,
para engañar al mar cano
con una y otra tormenta ;
para engañarme con sombras,
y herir con luz, es destreza
que ha inventado la hermosura,
que es de las almas maestra.
Vos sois más, que aquello más
que cupo en toda mi idea,
y aun más que aquello que miro,
si hay más en vos, que más sea.
Que tan iguales se anudan
en vos ingenio y belleza,
vuestro donaire tan uno
se ha unido con la modestia,
que si rendirme no más
que á la hermosura quisiera,
el ingenio me ha de hacer
que del ingenio me venza.
Si del donaire y recato
es quien igual me sujeta,
porque como estas virtudes
están unidas, es fuerza
que ó no os quiera por ninguna,
ó que por todas os quiera.

DON LUCAS. (Ap.) Aprieta la mano, Pedro,
que esto es poco.

DON PEDRO. Hermosa hiena,
que halagaste con voz blanda

para herir con muerte fiera,
¿cómo, decidme, de ingrata
soberbiamente se precia
quién me ha pagado una vida
con una muerte sangrienta?
Desde el instante que os ví,
se rindieron mis potencias
de suerte...

- D.^a ISABEL. Mirad, señor,
que es grosería muy necia,
que me vendáis un desprecio
á la luz de una fineza.
No entra amor tan de repente;
por la vista amor se engendra
del trato, y no he de creer
que amor que entra con violencia
deje de ser, como el rayo,
luz luégo y después pavesa.
- DON PEDRO. No engendra el amor al trato,
Isabel, que si eso fuera,
fuera querida también,
siendo discreta una fea.
- D.^a ISABEL. El trato engendra al amor,
y para que la experiencia
lo enseñe, si no hay agrado
es cierto que no hay belleza.
El agrado es hermosura,
para el agrado es de esencia
que haya trato: luego el trato
es el que el amor engendra.
- DON PEDRO. Con trato amor, yo confieso,
que es perfecto; mas se entienda,
que amor puede haber sin trato.
- D.^a ISABEL. Pero en fin, amor se acendra
en el trato.
- DON PEDRO. Decís bien.
- D.^a ISABEL. Pues si es así, luego es fuerza
que os quede más que quererme
si más que tratarme os queda.
- DON LUCAS. (Ap.) No me agradan estos tratos.

- DON PEDRO. Concedo esa consecuencia,
mas ya os trata amor, si os oye,
ya os quiere amor.
- DON LUCAS. (Ap.) Mucho aprieta.
- D.^a ISABEL. ¿Y me queréis?
- DON PEDRO. Os adoro;
sólo falta que yo vea
vuestro amor.
- D.^a ISABEL. Dirále el tiempo.
- DON PEDRO. No le déis al tiempo treguas,
teniendo vos vuestro amor.
- D.^a ISABEL. Pues como á mi esposo es fuerza
quereros.
- DON PEDRO. Seré dichoso.
- D.^a ISABEL. Esta mano, qué lo es vuestra
lo dirá.
- DON LUCAS. No es sino mía;
 (Tómala la mano don Lucas.)
y es muy grande desvergüenza
que os toméis la mano vos
sin dármela á mí en la iglesia;
primillo, fondo en cuñado,
idos un poco á la lengua.
- DON PEDRO. Si yo hablaba aquí por vos...
- DON LUCAS. Sois un hablador, y ella
es también otra habladora.
- D.^a ISABEL. Si vos me disteis licencia...
- DON LUCAS. Sí, pero sois licenciosa.
- DON PEDRO. Como tú dijiste que era
poco lo que la decía...
- DON LUCAS. Poco era, ¿quién os lo niega?
mas ni tanto ni tan poco.
- D.^a ALFONSA. (Ap.) ¡Que ella le hablase tan tierna
y que él la adore tan fino!
- DON LUCAS. Doña Alfonsa.
- D.^a ALFONSA. ¿Qué me ordenas?
- DON LUCAS. Lleváos con vos esta mano.
 (Dala la mano de doña Isabel.)
- D.^a ALFONSA. Sí haré, y pido que me tengas
por tu amiga y servidora.

- (Ap.) Y tu enemiga.
- DON LUCAS. En Illescas
me he de casar esta noche.
- D.^a ALFONSA. Hasta ir á Toledo espera,
para que don Pedro y yo
nos casemos, y allí sean
tu boda y la mía juntas.
- D.^a ISABEL. (Ap.) Antes quiera Amor que muera.
- DON LUCAS. Señora mía, no estoy
para esperaros seis leguas.
- DON LUÍS. Muerto estoy; á acompañaros
iré con vuestra licencia,
y celebrar vuestra boda;
yo soy don Luís de Contreras,
vuestro servidor antiguo.
- DON LUCAS. No os conozco en mi conciencia.
- DON LUÍS. Y amigo de vuestro padre.
- DON LUCAS. Sed su amigo, norabuena;
pero no habéis de ir conmigo.
- CABELLERA. Llega el coche.
- ANDREA. La litera.
- DON LUÍS. Yo he de ir con vos.
- DON LUCAS. Voto á Dios,
que me quede en esta Venta.
- DON LUÍS. Ya me quedo.
- DON LUCAS. ¡Gran favor!
- D.^a ISABEL. Muerta voy.
- CABELLERA. ¡Hermosa bestia!
- D.^a ALFONSA. Muriendo de celos parto.
- DON PEDRO. ¡Que esto mi dolor consienta!
- DON ANTONIO. ¡Que esto mi prudencia sufra!
- D.^a ISABEL. ¡Que esto influyese mi estrella!
- DON LUCAS. Alfonsa, ¿guardas la mano?
- D.^a ALFONSA. Sí, señor.
- DON LUCAS. Pues tened cuenta,
entre bobos anda el juego;
Pedro, entrad.
- DON PEDRO. ¡Cielos, paciencia!
- DON LUCAS. Guárdeos Dios, señor don Luís.
- DON LUÍS. Allá he de ir, aunque no quiera.

JORNADA SEGUNDA.

*Sale DON PEDRO en jubón, con sombrero, capa y espada, y
CABELLERA medio desnudo, por el patio del mesón.*

- CABELLERA. ¿Á dónde vas, señor, de esta manera,
medio desnudo?
- DON PEDRO. Calla, Cabellera.
- CABELLERA. Á las dos de la noche, que ya han dado,
de mi medio columpio me has sacado,
y discurrir no puedo
dónde ahora me llevas.
- DON PEDRO. Habla quedo.
- CABELLERA. Si hemos de ir fuera, aquí miro cerrada
la puerta principal de la posada.
- DON PEDRO. No ha sido ese mi intento.
- CABELLERA. ¿Pues á dónde hemos de ir?
- DON PEDRO. Á este aposento.
- CABELLERA. Don Lucas aquí duerme recogido,
que se oye en todo Illescas el ronquido;
doña Alfonsa su hermana
duerme en otra alcobilla á él cercana.
- DON PEDRO. ¿Y el padre de Isabel?
- CABELLERA. Duerme á aquel lado,
en aquel aposento.
- DON PEDRO. ¿Está cerrado?
- CABELLERA. Cerrado está; dí lo que quieres, ea.
- DON PEDRO. ¿Y dónde están doña Isabel y Andrea?
- CABELLERA. En esta sala están.
- DON PEDRO. Ven poco á poco,
que la tengo de hablar.
- CABELLERA. Si no estás loco,
que has de perder el seso he imaginado;
¿qué es esto? tú, señor, enamorado
de una mujer, que serlo presto espera
de don Lucas?